

# PAISAJE YANKEE Y EUROPEO

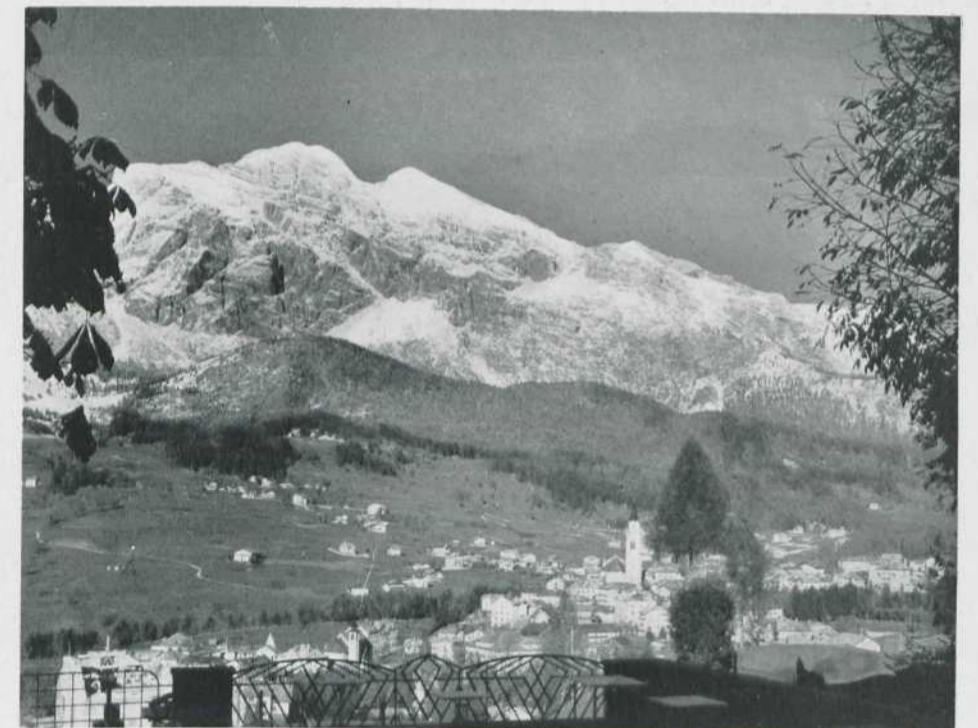
El europeo vive en el paisaje como con un camarada, con un hermano. El yankee — espíritu práctico — lo aparta y, sin identificarse con él, lo utiliza comercialmente como un empleado que puede reportarle beneficios. Para el europeo la naturaleza es algo tan sublime en su aspecto y en su origen que Hans Albers se inclina, como en adoración, sobre el abismo brumoso, mientras que para el yankee es tan accesorio que Jean Parker, dando la espalda a la llanura, vuelve la vista hacia la ciudad trepidante, buscando ansiosamente la figura borrosa de los rascacielos. En las películas yankees la naturaleza virgen aparece y vive en la pantalla solamente en función de la metrópoli gigantesca — la Zenith de Sinclair Lewis — en que ha de convertirse por obra del esfuerzo humano, como en "Cimarrón", y lo único interesante en cuanto a los panoramas agrestes es su conquista, su dominio absoluto, su transformación en ciudades llenas de fábricas, rascacielos y garajes. Para el europeo la naturaleza vive en armonía con los sentimientos, los exalta, los paisajes son — utilicemos una vez más la frase — momentos del alma, y hay un deslumbramiento maravillado en los ojos claros de Annabelle cuando Jean Murat, en "París-Mediterráneo", le muestra las rocas, el mar y los campos que ocultaba la ciudad. Ese anhelo puro de viaje acariciado y realizado apasionadamente por una romántica empleada que anhela zafarse por unos días de la ciudad gris y triste, ¿cuándo sirvió de tema, como en dicho film, en una película yankee? Para el yankee la naturaleza, la obra de Dios, es buena solamente para ser utilizada en los films de cow-boys, porque como estas películas tienen un presupuesto reducido resulta económico emplear arroyos, montañas, caminos, árboles y rocas que no cobran salario. Para los europeos el paisaje es un marco extraordinario que puede estimular la creación artística, y Schubert, rumbo al castillo en "La Sinfonía Inconclusa", mientras oscila el coche que lo conduce y contempla las vacas que pacen bucólica mente bajo el cielo sereno, siente surgir en su interior las notas inmortales de su música. Para el europeo el paisaje, como obra divina, nos comunica con su Creador, y ante un lago magnífico arrodilla Robert Lynen su desesperación infantil para rezar en "El pecoso" antes de intentar su suicidio. Para los yankees el paisaje es un motivo para provocar el acercamiento sentimental y corriente de los integrantes de la pareja amorosa y aun los panoramas que quisieron ser — sin conseguirlo — irreales y fantásticos del Shangri-La de "Horizontes perdidos"

"dos" fueron simplemente un pretexto para que Ronald Colman persiguiera a caballo a June Wyatt, y el lago de la ciudad encantada sirvió únicamente para que, en una escena pícarasca, la misma actriz pudiera bañarse. Los europeos pueden concebir el paisaje por sí solo, porque la naturaleza tiene vida propia, y Robert Flaherty nos ofrece una sucesión estupenda de marinas en "El hombre de Aran". Pero los yankees cuando emplean el paisaje lo utilizan como fondo de sentimientos amorosos; siempre hay en primer plano un idilio y la augusta Naturaleza se limita a prestar sus caminos arbolados para que los amantes paseen, el silencio de sus noches para que puedan dialogar y su luna invariablemente redonda para que el proceso amoroso acelere su curso y la película termine en el amoroso "Happy End". A medida que contemplamos películas estas impresiones se afirman y robustecen y, después de ver films como "Extasis", como "Maldición gitana", como "La eterna niña" y como las obras de Luis Trenker, donde el paisaje se trata con amor y es un personaje más — a veces el más importante — del reparto, se llega al convencimiento de que — salvo excepciones contadas: el Hathaway de los paisajes iracudos de "Sueño de amor eterno", el Howard Hawks que hunde troncos en "Hijo y rival", — los yankees utilizan el paisaje como elemento decorativo y, si le dan intervención, King Vidor lo emplea como "extra" que no cobra en "Ganarás el pan" para que interprete, de modo convincente y disimulado, un papel de agitador social.

Sólo cerebros europeos han tratado amorosamente, con devoción, al paisaje en los films yankees. Tuvo que ser el alemán Murnau quien lo trataría poéticamente en "Amanecer" y en "Tabú". Y fué el italiano Bórzage quien, después de un trozo inolvidable que detallaba la exaltación juvenil en contacto con la naturaleza en "Y ahora... ¿qué?", colocó una brizna de hierba en los labios de Douglas Montgomery.



Hans Albers en "Peer Gynt".



"Aún así te quiero"



europeos



de Duvivier

EDUARDO KEN

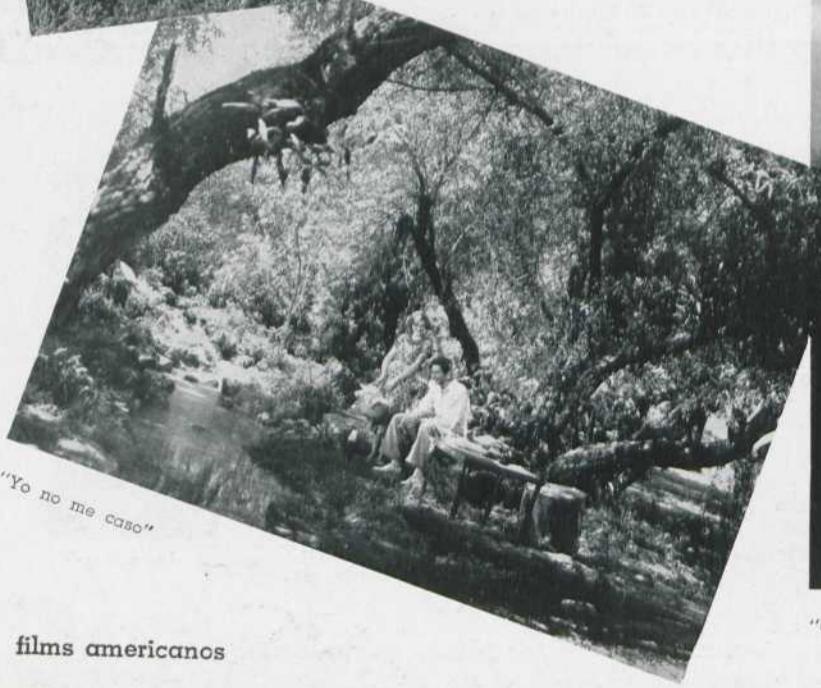


"Gólgota"



Una pose de Jean Parker

"La doncella de Salem"



films americanos